CAPÍTULO XXIII. De cómo se fueron desarraigando muchas idolatrías que habían quedado ocultas y secretas



o que en el capítulo pasado se ha dicho ha sido para mostrar cómo luego, en los principios de esta conversión, puso el demonio asechanzas y estorbos para que no pudiese pasar adelante (que lo eran muy grandes las cosas que pasaban); pero como era de Dios la obra, ni pudieron estorbarlo las malévolas y dañadas intenciones de los que las

inventaban, ni se resfriaron los corazones de los santos y apostólicos ministros para no proseguir el alcance que Dios les iba poniendo en sus manos, de victorias tan conocidas contra sus enemigos, así corporales como espirituales; porque el que tiene a Dios por fin y blanco de sus obras, ni teme poderes humanos, ni desflaquece en la intención que va siguiendo en la obra buena comenzada; porque no es de capitanes valerosos, con miedo del riesgo y peligro de la vida, dejar de acometer los enemigos bandos con quien se hallan confrontados, y más en guerras espirituales, donde la victoria es Dios y el vencido es el demonio.

De manera que los espíritus fervorosos de los religiosos no se resfriaron por verse perseguidos corporalmente, ni tampoco por conocer que el tesón de su trabajo espiritual se malograba. Porque cuando pensaron que con estar quitada la idolatría de los templos principales del demonio, y con venir algunos a la doctrina y bautismo, estaba todo hecho, hallaron que era mucho más lo que les quedaba por hacer y vencer, que lo vencido; porque de noche mucha de esta gente idolátrica, como hijos de tinieblas, se convocaban y juntaban en partes secretas y hacían fiestas al demonio con muchos y diversos ritos como antiguamente acostumbraban, en especial cuando sembraban y cogían los maíces. También los días veintenos, que eran los días últimos de sus meses (como en otra parte hemos dicho) el cual era día festivo y muy general en toda la tierra; las cuales fiestas celebraban con diversos sacrificios de muertes de hombres y con otras ceremonias usadas en semejantes ocasiones. Una costumbre antigua, y de muchos años usada, no con facilidad se vence, porque como dice el Filósofo, es cosa tan una con la naturaleza, que parece la misma; y aquello a que nos inclinamos dificultosamente lo olvidamos y apenas en una ocasión, o en otra, dejamos de seguirlo. Por esto digo que no es maravilla que estos indios siguiesen la doctrina que de tantos años atrás, no sólo de padres y abuelos, sino de muchos abolorios, tenían aprendida y heredada, y que se les hiciese de mal dejarla y olvidarla; mayormente siendo instigados del demonio, que aunque en lo público no se manifestaba como antes hacía, en secreto, al menos, no cesaba de requerir los corazones de sus cautivos, para que siguiendo su esclavitud y sujeción le sirviesen y adorasen, persuadiendo a unos con blandura y amenazando a otros con castigo, si le dejaban.

Esta solicitación del demonio, aunque a veces era por sí mismo, las más y más ordinarias era por amonestaciones y solicitaciones de sus infernales

ministros y sacerdotes de sus ídolos, que éstos fueron siempre los que impugnaron y contradijeron la verdad de la fe por sus particulares intereses, porque (como hemos dicho en otra parte) comían y bebían de su oficio sacerdotal, como nuestros sacerdotes de sus rentas y obvenciones; y cuando no fuera por defender la ley falsa que seguían, había de ser por verse destituidos de la estimación grande en que el pueblo los tenía. Esta persecución que los ministros del demonio hacen a la fe de Jesucristo y promulgación de su santo evangelio, no ha sido sólo entre estos indios, que de más atrasados tiempos conocemos su repugnancia en las gentes idólatras de la primitiva iglesia, como se ve en las historias y vidas de los apóstoles y mártires; porque muchas veces estaban los pueblos para convertirse y recebir el bautismo por la predicación de el evangelio y milagros que veían, y los sacerdotes de los ídolos (con la autoridad que de los reyes tenían) movían alborotos, sediciones y escándalos en los pueblos; y así lo estorbaban, por no perder su autoridad, percances y aprovechamientos temporales.

De los judíos también sabemos la repugnancia que hicieron al santo evangelio de Cristo nuestro señor, y déstos no fueron los menores del pueblo, sino los príncipes de los sacerdotes y ministros del templo; no porque no sabían que era ya llegado el tiempo de nueva ley y de nuevo sacerdocio, sino por no desamparar el que gozaban, ni desposeerse de la autoridad que tenían; porque bien sabían que el principado faltaba y que no había de faltar hasta la venida de nuevo rey, que era el Mesías, y que el pontificado verdadero que venía corriendo por los afsamoneos (que eran los macabeos) ya había cesado, por haber muerto Herodes a Hircano, que venía por línea recta, siguiendo la herencia del pontificado y después a Aristóvolo, como lo dicen Josefo,1 Eusebio,2 San Gerónimo3 y otros muchos, y que el sacerdocio sumo y el pontificado andaba de mano en mano o por gusto, que el rey tenía de dárselo a quien se le antojaba, o porque con plata y oro lo merecía el que más aventajadamente lo pagaba; y así andaba de Caifás a Annás y, déste, luego en el otro. Siendo pues verdad que ya el reinado y pontificado sumo faltaba en aquella república, lo es también que había venido el nuevo rey y sacerdote que esperaban, y estaba dicho por tantas y diversas profecías. Pero aunque así lo sabían, no empero lo obraban, sino que huían de este santo sacerdote, ungido (por oculta unción) del Espíritu Santo, y dado a los hombres para remedio de sus trabajos y aflicciones, antes lo contradijeron y trajeron a la muerte pareciéndoles que si le admitían perdían su ser y autoridad; lo cual ellos mismos confesaron, diciendo: ¿Qué hacemos, que este hombre hace muchos milagros? Pues si pasamos con ellos y no lo remediamos vendrán los romanos, y despojarnos han de nuestra autoridad y sacerdocio; y por esto conviene que muera y no creamos que es el que esperamos, ni su ley la verdadera. De manera que por sustentarse en sus malos oficios, no admitieron a Cristo, ni a su evangelio. Y a Santiago, porque lo predicaba, arrojaron de lo alto del

Ioseph. lib. 15. Antiq. cap. 9 et cap. 3. et lib. 20. cap. 8.
Euseb. Hist. lib. 1. cap. 6.

³ Div. Hier in Dan. cap. 9.

templo; y a San Pedro y otros prohibieron que no lo predicasen. Lo mismo se cuenta de los judíos rabinos, después de la introducción y predicación del evangelio, que venían a confesar que por sus intereses defendían su ley vieja, cuando vivían en Castilla; como lo refirió en el púlpito de Sevilla un padre de la orden de Santo Domingo, excelente predicador, siendo ya obispo; el cual dijo que antes que lo fuese, disputando una vez en Segovia con los sacerdotes y rabinos de aquella ley, y convenciéndolos con lugares de la Sagrada Escritura, los reprehendía de su ceguedad y engaño, diciéndoles: Vosotros no veis vuestro engaño en ésta y esta profecía, y en éste y en este paso de la Sagrada Escritura. Pues ¿por qué traéis engañados a estos simples desventurados? A éstas y otras semejantes palabras y razones le respondieron: Señor, bien lo vemos, pero ¿qué queréis que hagamos, que éstos nos sustentan y dan de comer?

Pues esto mismo les sucedía a los sacerdotes de estos indios que no tenían palabras ni razón alguna para contradecir la predicación de los siervos de Dios, que les enseñaban el camino del cielo; mas, por no perder sus intereses, autoridad y crédito (que le tenían muy grande, por las respuestas que recebían de los oráculos que manifestaban a los reyes y señores, y eran obedecidos y reverenciados como los mismos señores) procuraban de secreto allegar su gente, como solían, y conservarlos en sus ritos, sacrificios y ceremonias antiguas.

Todas estas cosas detestables en que se ocupaba la gente mal convertida, de este indiano pueblo, venía a saberse de los religiosos, tarde o temprano; porque (como dice Cristo) no hay cosa tan oculta que no se sepa, ni obra que de noche se haga debajo de cubierta, que no se predique otro día sobre la techumbre y tejados. Estas cosas las descubría Dios por medio de las gentes, de veras convertidas y firmes en la fe; que esto tiene un pecho leal, que cuando ve la honra de su amo, y señor, tratar mal y ser ultrajada, procúrale el remedio por los medios más importantes y convenibles y los eficaces para que la del nombre de Jesucristo se recuperase en esta tierra, era manifestar los errores de los que pecaban a los sacerdotes y ministros evangélicos, los cuales, sabiendo alguna cosa de éstas, la remediaban acudiendo con mucha diligencia y presteza a los lugares donde tenían los ídolos escondidos, los cuales les quitaban y se los quemaban, sin reparar en que fuesen de oro o plata, atendiendo solamente a que tan mala y horrenda figura nunca más pareciese; siendo cosa cierta que así como la ofensa puesta a los ojos más encoloriza y enciende, así también quitada y apartada de ellos, desahoga el corazón para olvidalla. Por esto no sólo los castigaban y se los quitaban, sino que se los quebraban y destruían; y los mismos niños, sus discípulos, como a veces iban a casa de sus padres, descubrían todo lo que en ellas veían que tocase a idolatría y manifestaban los lugares secretos donde se hallaría.

Muchas veces sucedió que entre los ídolos del demonio hallaron también imágenes de Cristo nuestro redemptor y de Nuestra Señora que los españoles les habían dado, pensando que con aquellas cosas se contentarían; pero como gente hecha a la adoración de muchos dioses, o pareciéndoles, que

así como ellos tenían creído, que los que cada una de aquellas imágenes representaba lo era, o porque forzados de los españoles las recebían, las juntaban con los diabólicos simulacros y figuras de los demonios, y juntamente con ellos los tenían; y como gente hecha a tener muchos dioses, si tenían ciento querían ciento y uno, no reparando en figuras, atendiendo solamente a la multiplicación de la deidad que representaban. Pero como, por este inconveniente, los frailes les mandaron hacer muchas cruces y ponerlas por todas las encrucijadas y entradas de pueblos y en algunos cerros altos, ellos también, usando de cautela diabólica, ponían sus ídolos debajo de la cruz o detrás della; y dando a entender que adoraban la cruz, no adoraban sino las figuras de los demonios que junto de ella tenían escondidas.

Dos cosas hubo en estos principios, cuando también estas cosas pasaban, que movieron a los religiosos a poner cruces por las encrucijadas y entradas de los pueblos: la una, ser costumbre entre estos idólatras, en su gentilidad, tener idolillos en estos lugares, que son los que los antiguos llamaban lares (como en otra parte hemos dicho), los cuales servían como de dioses caseros y familiares para las necesidades repentinas y favores manuales, los cuales estaban a las puertas de las casas y en las calles, para pedirles favor comúnmente, como si en estar cerca o lejos la imagen de Dios consistiese la consecución de lo que en la petición que se le hace se le pide, y como que no estuviese presente a todo lo que en cielo y tierra hay; pero no es maravilla que los que creen que hay dioses cortos, crean también que su poder es limitado. La segunda razón fue porque de noche se juntasen los vecinos de aquellas calles a rezar la doctrina y oraciones, hincados de rodillas delante dellas, como ya hemos dicho que se hacía a los principios, y duró por muchos años, y por aficionarlos a aquel Dios que les predicaban haber muerto en ella, que es Jesucristo nuestro señor, por cuya muerte y pasión nos hacemos dignos de la gloria perdurable y reconciliación con el padre eterno. Pero aunque éste fue el intento de estos solícitos cultores de la viña del Señor (no como lo deseaban), así lo ejecutaban estos obreros de maldad; antes a su sombra y arrimo hincaban las rodillas a sus antiguos y mentirosos dioses.

CAPÍTULO XXIV. De cómo los niños de la escuela de Tlaxcalla mataron a un sacerdote de los ídolos que se fingía ser dios del vino



IENE TANTA FUERZA Y EFICACIA EL SANTO EVANGELIO de Cristo nuestro señor, que no hay poder humano que la venza, y dado caso que por algún tiempo se resista de corazones humanos, apasionados de leyes falsas y mentirosas, háceles tantos y tan poderosos alcances que los rinde y sujeta con afrenta y confusión de los que se le oponen y contradicen,

y con admiración y asombro de los presentes que lo ven y oyen. Cuando